

almas escogidas que Dios conduce al cristianismo por caminos conocidos solo de su Majestad; mas la caridad heroica, que elevando al hombre sobre todas las pretensiones del egoismo, lo determina a consagrarse al servicio de sus hermanos únicamente por amor de Dios, y á dar tambien si fuere necesario la mas grande prueba de la caridad cristiana, la prueba de sangre aceptando el martirio, esta caridad es una virtud tan sobrenatural y divina, que jamas se ha encontrado sino en la Iglesia de los verdaderos discipulos del Cordero sacrificado por la salud de todos y cada uno de los hombres.

Que la caridad, que lleva hasta el sacrificio completo de la persona y hasta el martirio, sea un fruto exclusivamente católico, que no madura sino bajo la ardiente influencia de la fé y de las prácticas católicas, es un hecho tan notorio que la mayor parte de los protestantes no tienen dificultad de reconocerlo, y que muchos aun nos hacen un crimen de ella. En efecto, si ellos no se atreven comunmente á tachar de fanatismo á nuestros misioneros que se dejan degollar por estender la luz del Evangelio entre los infieles, en desquite acusan de estupidez y supersticion á nuestros religiosos y religiosas que se consagran por voto al servicio de la humanidad ignorante y que padece. Qué quereis, amigos míos, su padre en Cristo el papa Lutero, que tenia sus razones para no amar

los votos monásticos, les dijo: "hace mas de trescientos años, que los votos monásticos eran una abominacion del papismo, enteramente contraria á la libertad cristiana." ellos se atienen siempre á este oráculo del monje desenfrailado, así tambien gozan ellos de la libertad cristiana de la Biblia-religion, que consiste en conservarse cada uno para sí, y vivir solo para sí mismo, y abandonar con menosprecio á los estúpidos hijos del papismo la imitacion de esta caridad supersticiosa, que hizo del Dios salvador un esclavo del amor infinito, marchando del establo al calvario por el camino áspero y sangriento de la obediencia.

Si, amigos míos, con una santa firmeza en la Iglesia católica, reconozcamos á la madre única y siempre fecunda de hombres grandes por excelencia, héroes de Dios y de la humanidad: sus anales nos muestran cerca de veinte millones de almas intrépidas que han desafiado todos los suplicios por el triunfo de la sola religion que pudo reconciliar la universalidad de los hombres sobre los despojos de religiones y sociedades fundadas por puercos y por tigres. Todavía hoy, época de cobardía y de egoismo, ¿no veis que donde quiera que el despotismo pagano ó pancista pone á los católicos entre su conciencia y la proscricion, no nos han faltado obispos, sacerdotes y fieles para decir á los perseguidores: "Nosotros lo sufrimos todo, aun la muerte, mas bien que doblar la cerviz bajo vuestras bárbaras leyes?"

A mas de estas legiones de mártires sacrificados por la defensa de la fé, la Iglesia católica nos ofrece otras cien especies de mártires, cuya vida no ha sido mas que una perpetua inmolacion de nuestra naturaleza á las obras de la caridad y de la fé, estos mártires son innumerables. Contad si podeis las congregaciones religiosas cuyos miembros se consagran de por vida, los unos á las santas austeridades del claustro, los otros á la instruccion de los ignorantes, al socorro de los indigentes, de los desgraciados, de los enfermos, &c., &c. Este es un largo y dilatado martirio que hace á las sociedades religiosas infinitamente amables á los católicos, y aborrecibles á los mas aventajados pancistas.

Donde ven estos triunfos jamas dejan de murmurar con gusto de las comunidades religiosas, ¿y por qué? Por dos razones: primera, por satisfacer su rabia diabólica, aboliendo las pruebas vivas de la caridad cristiana: segunda, porque saben bien que los religiosos y religiosas, no los recibirán con tiros de fusil ó de tridente. Cobardía en presencia de la fuerza, y ferocidad en presencia de la debilidad, tal es el carácter indeleble de los pancistas, sobre todo si ellos son gente de pluma: así es que siempre diré yo á los católicos que no han renunciado á los derechos de la vida secular: "Cuando tengais que tratar con estos villanos destructores de las comunidades, no os ocupeis de ra-

zonar, sino id derechos á la panza: si estos animales tienen alma, como es probable, no es la cabeza sino en la barriga donde se las encontraréis.

¿Qué es, en fin, este sacerdocio católico que despues de tantos siglos todavía consagra un medio millon de hombres á la empresa laboriosa, diciéndoles: Renunciad á todas las esperanzas del siglo para consagraros al estudio, á una observancia perfecta, á la enseñanza, á la defensa en pro y en contra de todos, de una ley que, no perdonando á ninguna perversa pasion, os espondrá al furor de los malvados y á las murmuraciones incesantes de los buenos?

Vosotros, amigos míos, que no veis en el sacerdote sino un hombre ordinariamente mejor acomodado, mejor vestido, mejor alimentado que vosotros, y mas libre de los embarazos de una familia, os habeis acostumbrado á decir: ¡Los sacerdotes no tienen de qué quejarse! Yo, que hace mucho tiempo estudio y comparo entre las condiciones sociales, estoy muy de acuerdo con el sentimiento de S. Pablo, cuando dice: que los ministros de Jesucristo serian los mas miserables de todos los hombres, si ellos no tuvieran para consolarse un porvenir en el cielo.

En efecto, ¿cuáles son los empeños de las víctimas del sacerdocio? Renunciar solemnemente,

² Primera á los Corintios, cap. 15, v. 19.

desde la primera juventud, por el celibato eclesiástico, á la independencia del celibato secular, y á las dulzuras de la vida de la familia, para sujetarse á la disciplina mas severa y á los estudios mas penosos: obligarse delante de Dios y de los hombres á hacer reinar la ley divina del Evangelio en una familia mas ó menos grande, llamada diócesis ó parroquia, que no procura otra cosa que ignorar esta ley ó acomodarla á las pretensiones y conveniencias de cada uno: combatir sin cesar la universal ignorancia, y los perjuicios en materia religiosa, y por lo mismo repetir eternamente unas mismas cosas en las instrucciones públicas y privadas: hablar á cada uno el lenguaje que le conviene, deletrear el catecismo con los principiantes, disputar y filosofar con los jóvenes á quienes les comienza á salir la barba, dar razon de todo á gentes que no conocen la religion y la Iglesia mas que por las burlas calumniosas de los pancistas, á la instruccion religiosa, fundamento esencial de toda vida cristiana, agreguemos todas las otras funciones del santo ministerio, la administracion de los sacramentos, sobre todo á los mas desgraciados el de la penitencia: encerrarse en la estrecha prision del confesonario para venir á ser el confidente y el médico de las mortales enfermedades que inficionan á todas las clases, desde el grande señor hasta el mendigo: correr á cualquiera hora del dia ó de la noche á la cabe-

cera del moribundo, cualquiera que sea, y donde quiera que se encuentre, sin consultar ni al temporal que hace, ni á las consecuencias probables que puedan resultarle de un exceso de fatiga; en una palabra, hacerse en lo espiritual y en lo temporal eterno esclavo de todas las clases, sobre todo, de las desgraciadas, de las que es preciso que él abraze y endulce sus sufrimientos. Ved aquí las principales obligaciones del sacerdote católico, ellas son de una espantosa responsabilidad delante de Dios, y presentan delante de los hombres desesperadoras dificultades.

Veamos ahora la conducta general de los hombres hácia el sacerdocio católico, fuera de los tiempos de persecucion violenta, es decir, cuando los pontífices y los escribas de la iglesia de los pancistas no han podido engañar y pervertir bastante á una poblacion para amotinarla al grito de: ¡Abajo los sacerdotes!

En la presencia de nuestra madre la santa Iglesia católica, los hombres se dividen en enemigos declarados, en amigos bajo de condicion, y en amigos afectuosos: todos, así amigos como enemigos, se ponen de acuerdo para atormentar al sacerdote.

Para los enemigos, ¿qué son los sacerdotes? Son un hato de gazmoños, de camanduleros, de intrigantes ambiciosos, de rabiosos dominadores, de esplotadores, de corruptores, de opresores de la

especie humana, y de los que todo amigo de la humanidad debe desear y procurar su esterminio. Ved aquí la idea que la secta pancista jamás ha cesado de reproducir bajo mil formas, mas ó menos artificiosas ó brutales, por la boca de sus oradores, por la pluma de sus escritores, por el buril de sus artistas, por la lira de sus poetas, &c. Por precio de una vida sacrificada á la moralizacion y á la felicidad de los hombres, verse acusado de todos los crímenes, de todos los vicios, por los mas puercos y pillos que alimenta la sociedad humana, y no tener contra estos ladridos del infierno otras armas que la paciencia y la oracion; tal es el destino del sacerdote.

A los enemigos que calumnian, entretanto los degüellan, se juntan los amigos bajo de condicion, que estorban de todas maneras la accion del sacerdocio. Yo entiendo por esta segunda especie la multitud de honrados conservadores, que sintiendo la necesidad de una religion para defender sus vidas y sus posesiones sociales contra el ateísmo, están muy bien dispuestos á tomarle bajo su alta proteccion, con tal de que no se determine á decirles lo mismo que dice el pueblo: "Estudiad vuestro catecismo, asistid á las instrucciones, á los oficios, acercaos á la confesion, enmendad vuestras faltas, renunciad á vuestra ociosidad, á vuestro lujo, á vuestras relaciones ilícitas, mostraos mas laboriosos, menos avaros, menos

"duros con los pobres, mas cristianos en todo." Pero esto, esclamarán ellos, es una pretension que no admite calificacion, esto es querer volvernos á la edad media, esto es ignorar absolutamente los progresos que nosotros debemos á las luces de la filosofia y á las libertades constitucionales. Sí: despues de cincuenta años que ellos están bajo la vara, no han aprendido ni olvidado nada; los abandonaremos á su suerte, y en efecto, de temor de volver á la edad media los honrados conservadores, entregan al sacerdocio á los verdugos, sin duda que por un sacerdote católico y dos ó tres creyentes católicos, que subirán á la mansion de los mártires, el cuchillo de los ateos despachará diez mil beatos de la filosofia á la eterna mansion de los imbéciles.

En fin, el sacerdote tiene entre sus brazos la familia mas ó menos numerosa de los hijos de la Iglesia, cuyas necesidades espirituales mas ó menos justas le tienen siempre en agitacion. Si ellos escuchan su voz y hacen lo que él ordena, en recompensa es preciso que el sacerdote preste el oído y su concurso á todos sus santos temores, y los mas entregados al bien son los menos fáciles de satisfacerse. ¡Por obedecer á la voz, al ejemplo del divino Maestro que le ha encargado la evangelizacion universal, sobre todo, de los pobres¹,

¹ S. Lucas, cap. 4, v. 18.

abandona él momentáneamente las noventa y nueve ovejas para correr en busca de la que se había extraviado? ¿Rehusa el prodigar los pastos espirituales á un puñado de almas entregadas á la devoción, por ir á distribuir el pan de la palabra divina á una multitud de ignorantes y pecadores? ¿Desea rodearse de estos y nada perdona para hacer su Iglesia y su confesonario accesibles á todos? Por algunas almas ilustradas que reconocerán en esto el carácter de un pastor verdaderamente católico, ¡cuántas murmuraciones de cierta clase de gentes! ¡cuántos reproches del populacho y de gentes de mala educación!

En esta conjuración universal contra el sacerdote, ¿dónde buscará consuelo? ¿En su conciencia? Pero de todas las conciencias cristianas, la del buen sacerdote es la mas tímida, la mas intolerante: ella reduce á nada el bien que hace, le reprocha el bien que no hace y el mal que deja hacer: ella abulta las faltas que se le escapan á su fragilidad: la paz que él hace reinar en las almas que dirige, difícilmente la posee él mismo; y cuando la goza le parece que se hace ilusión.

Pobres víctimas clavadas por el sacerdocio á la cruz por toda la vida, resignaos á la suerte del divino Maestro. Hombres llenos de indiferencia por el Dios-caridad nacido en el establo, crucificado en el calvario, encadenado por nuestro amor en los altares, ¿podrán haceros cargo de vuestros

duros trabajos, de vuestros incesantes tormentos? El sacerdocio no espera ni gratitud, ni justicia, ni reposo antes de la hora en que el alma libre por la muerte del peso espantoso de sus cadenas, recibirá en cambio el peso inmenso de gloria debido al martirio mas largo, mas doloroso, mas intenso para el alma, el mas oscuro y el menos apreciado de los que recogen sus frutos.

¿Cuáles son los frutos del sacrificio del sacerdocio católico, y por qué los pueblos cristianos, en lugar de recogerlos con mas abundancia, están espuestos á perderlos sin remedio? esto es lo que veremos, amigos míos, en los dos entretenimientos siguientes.